

TLAHUICOLE.

LEYENDA MEXICANA.



En los primeros años del reinado del emperador Moctezuma, cuando este monarca, que antes de subir al trono habia mostrado un carácter tan dócil y popular, comenzó á desplegar todo el orgullo, y la desmesurada ambición que le dominaba, las naciones vecinas temblaban al pensar en el yugo que un déspota extranjero iba á imponerles; temian por la pérdida de su independencia, porque se consideraban con muy poca fuerza para poder contrarrestar á un tirano mucho más poderoso que ellas. En efecto, sus temores no fueron infundados; apenas se sentó en el trono Moctezuma, cuando concibió el proyecto de sujetar al imperio mexicano todos los pequeños estados independientes que se hallaban diseminados en el vasto país de Anáhuac, porque no contenta su ambición con lo que poseía, queria abarcarlo todo. Sujeto ya Atzacotalco y otros estados por sus antecesores, aliado de los Huejotzincas y Choluleses, fué invitado por la envidia de estos y por la suya propia á hacer la guerra á Tlaxcala, á esa célebre república tan fecunda en acciones heroicas.

Tlaxcala, esta república memorable por su rivalidad con México, que nos recuerda los tiempos de Roma y de Cartago, este pequeño país sostenido únicamente por el espíritu de patriotismo y de libertad de hijos, habia llegado en tiempo de Moctezuma á un grado tal de prosperidad, que envidiosos todos los estados que la rodeaban de su poder, solo pensaban en formar alianzas unos con otros para destruir el poder gigantesco que habia llegado á adquirir ese país que al principio les fué tan insignificante. Pelearon contra ellas; mas viendo que todos sus esfuerzos eran inútiles, enviaron un mensaje á Moctezuma

para que los auxiliara. Este, que desde mucho antes habia concebido el proyecto de dirigir sus armas contra los tlaxcaltecas, les prometió auxiliarlos; y levantando un ejército considerable lo dirigió contra aquellos al mando de su hijo primogénito, al cual se reunieron los itzcoaneses y otros pueblos al atravesar la falda meridional del Popocatepetl, llegaron al campo Tlascates, y allí sufrieron los mexicanos y sus aliados una completa derrota, quedando muerto en el campo de batalla el general mexicano, primogénito del emperador.

Esta derrota, con la pérdida incomparable que en ella tuvo Moctezuma, excitó mas su odio contra los tlaxcaltecas y doblando las fuerzas de los aliados, estos presentaron muchas batallas en que de nuevo quedaron derrotadas sus tropas.

Un general tlaxcalteca, llamado Tlahuicole, hombre de un grande ánimo y de una fuerza extraordinaria, y cuyo nombre solo bastaba á introducir el terror en las filas de sus enemigos fué quien con su pericia y astucia militares consiguió tantos triunfos á las armas de la república. Su valor, ayudado del genio militar que le habia concedido la naturaleza, lo arrostraba, y nada bastaba á ponerle diques cuando inflamado por el amor de la patria y de la libertad animaba á sus tropas con el ejemplo y arrollaba los escuadrones enemigos, haciendo en unos una carnicería espantosa, y obligando á los demas á huir por no recibir los formidables golpes de su ponderoso *macahuítl* (1), de esa arma que solo él con su fuerza prodigiosa podia esgrimir, puesto que un hombre de fuerzas no comunes no era suficiente para levantarla siquiera.

Tlahuicole! Este solo nombre pronunciado

[1] Espada.

con entusiasmo por los tlaxcaltecas en medio del calor de la refriega, bastaba para que los enemigos que poco antes pelearon con denuedo, sintieran que se agotaban sus fuerzas, que las armas se les caian de las manos, y se vieran precisados á encontrar en la huida su única áncora de salvacion, porque Tlahuicole, terrible como la tormenta y rápido como el rayo, destruía, aniquilaba cuanto se le oponia.

El seis *Miquiztli* del mes *Allahuaco* del año octavo *Calli* (2), se iba dar una batalla decisiva. El sol hermoso y puro, se levantó detras de los altos volcanes que dominan el valle de México, tñiendo de oro y rosa á las nieves que cubren sus enormes cabezas. Ese astro divino, fecundador de la naturaleza, dios de los americanos, y á quien estos no veian sino con aquel respeto religioso que les inspiraba la vista de todos aquellos beneficios de que le eran deudores, parece que queria contemplar aquella lucha sangrienta. Rodeado de nubes que no ofuscaban su esplendor, parecia un rey que en medio de su trono iba á contemplar la lucha entre vasallos igualmente caros á su corazón.

Su luz iluminaba ya de lleno el extenso campo de batalla: la hora de esta se acercaba y aun estaba vacío el estenso *Jaotlalli* (3). Este recinto circundado por una densa muralla, tenia dos leguas de circuito. No se veian en él, ni árboles, ni plantas, ni piedras, ni nada que pudiera oponer algun obstáculo á los movimientos de los combatientes, y libre y desembarazado podian en él correr y hacer cuantas evoluciones demandaba su táctica militar. Por un lado se miraba un denso bosque, lugar pantanoso donde con los fuertes aguaceros se formaban lodazales cuya superficie cubierta de yerbas acuáticas engañaba á primera vista, haciendo concebir la idea de un terreno fino y sólido; por otro los altos volcanes del *Popocatepetl* é *Ixtachicuatl* con sus nevadas frentes, parecian dos gigantes destinados únicamente á servir de muralla y á reanimar las fuerzas debilitadas de los soldados.

Gran silencio reinaba; las aves mismas, timidas y medrosas huian al bosque vecino á guarecerse entre las ramas de los corpulentos árboles que lo formaban. Tlaxcaltecas y mexicanos situados en sus respectivos campamentos, solo se ocupaban en disponer el plan de ataque, ordenaban los *giquipiles* (4) el número

de soldados que habian de entrar al combate, y el que quedaria para formar las emboscadas, y hacian su revista general de armas.

De cuando en cuando se veía á lo lejos un *quimichtin* (5), que á veces pasaba sin ser visto; mas que á veces tambien tenia que apelar á la huida, porque los enemigos que lo habian observado iban á su alcance; y gracias á su agilidad, llegaba á su campamento, dejando burladas las intenciones de sus enemigos.

Oyeróse de pronto dentro del *jaotlalli* sonidos confusos que procedian de sus dos extremidades oriental y occidental, sonidos que poco á poco fueron percibiéndose mas á medida que se iban acercando los que los producian. Eran las tropas de los aliados y las de los tlaxcaltecas que se acercaban ya al combate, y que dirigian su marcha por medio de tamboriles, cornetas y caracoles marítimos, los cuales producian un ruido harmónico que aumentaba la confusion. Las tropas de los aliados entraron por la estremidad oriental, y la de los tlaxcaltecas por la occidental: ambas venian dispuestas en *giquipilles* mandadas por sus respectivos gefes; las de los mexicanos formando un cuadro, dentro del cual iba el general del ejército *Cuanchnotli* con el estandarte del imperio, que era una águila en actitud de arrojarle sobre un tigre, cuya asta llevaba tan fuertemente atada á la espalda, que era preciso que le hicieran pedazos para que lograran arrancárselo. Entre los tlaxcaltecas por el contrario, *Tepozotzin*, que conducia el estandarte de la república, que era una águila con las alas abiertas en actitud de volar, iba colocado á la retaguardia, mientras Tlahuicole, general de ejército, marchaba al frente desafiando con su aspecto arrogante al enemigo y ostentando todas las condecoraciones con que la república habia premiado su valor.

Ambos ejércitos marchaban impávidos, presentando un conjunto regular y variado: los simples soldados con todo el cuerpo pintado de color que variaba en cada *giquipilli*, con su escudo cubierto de plumas y su honda en el brazo izquierdo, su *macahuítl*, su maza ó su pica en el derecho, y su flecha y su carcax en la espalda, y los nobles y oficiales del ejército con sus armaduras de blanquísimo algodón, y de plumas primorosamente tegidas, y bordadas de oro con su enorme cabeza de serpiente ó de tigre, su alto penacho de plumas de mil variados colores, y con sus insignias respectivas los caballeros de las órdenes militares *Achcuahitn*,

(2) Corresponde al 7 de marzo de 1513.

(3) Campo de batalla.

(4) Campanas.

(5) Espía.

Quauhtli y Ocelo, de los príncipes águilas y tigres, formaban un conjunto, semejante al de un campo cubierto de flores silvestres de diversos matices y colores.

Se dió la señal del combate; y los sonidos agudos de los caracoles marinos, de los tambores y de las cornetas, los silbidos y espantosos ahullidos de los soldados, y los gritos de *Huitzilopochtli* ayudanos, que arrojaban los mexicanos, y los de *Camajtle* socórrenos que arrojaban los tlascaltecas, formaban una vocería tan extraña y horrible, que hubieran espantado á otros que no hubieran sido ellos. Comenzóse la acción con las armas arrojadas: las flechas y los dardos silbaban por el viento: pronto comenzaron á hacer uso de la honda, de esa arma terrible que por donde quiera llevaba la muerte, y á las dos horas de acción en que se habían agotado ya piedras y dardos, tres mil soldados mexicanos y cuatro mil tlascaltecas, yacían tendidos en el Jevollalli.

Dióse la señal, y la honda y la flecha cedieron su vez á las otras armas. Los gritos que no habían cesado hasta allí, se avivaron, y volvieron á resonar las voces de „*Huitzilopochtli*, ayudanos.» „*Camajtle*, socórrenos, y los dos ejércitos se acercaron.

En ese momento brilló en el rostro de Tlahuicole un rayo de feroz alegría, sus forzudos miembros tomaron mayor incremento, y pulsando su ponderoso y terrible *macuahuitl*. — „¡ánimo valerosos republicanos! exclamó, ¡invencibles tlascaltecas, la patria peligra! Vuestras mugeres é hijos arrostrarán el yugo de la esclavitud, servirán á un tirano, si hoy no desplegais todo vuestro valor! ¡Animo tlascaltecas! Y el fué el primero que se arrojó en medio del ejército enemigo, — „¿qué tememos, repitieron los soldados, si Tlahuicole marcha á nuestro frente, si el rayo tlascalteca ha estallado ya? Bebamos la sangre de los viles esclavos, y volvamos victoriosos á nuestros hogares, ó perezcamos aquí, para no ver nuestra afrenta,» y entónces, repitiendo entusiasmados el nombre de su dios y el de Tlahuicole, se arrojaron todos tras él.

Tlahuicole, mas veloz que un dardo, atravesaba las filas enemigas, descargando su macuahuitl y dejando tras sí sembrado de cadáveres el suelo. Los soldados fascinados por el valor de su general, se creían animados del mismo espíritu que él, é inspirados por la libertad y por la patria, se empeñaban con orden en la pelea, porque ya la muerte no les arredraba, porque mas querían morir que beber la infamia de ser derrotados.

Los mexicanos que hasta allí habían peleado

con demasiada serenidad, luego que oyeron la voz de Tlahuicole, y le vieron arrojar sobre ellos, comenzaron á temer; mas Cuahnoctli, cuya serenidad y valor eran tambien extremos, no cesó de animarlos, recordándoles á su vez la pérdida de sus mas caros intereses.

Miéntas tanto, Tlahuicole habia penetrado hasta el centro del ejército enemigo, y delante ya de Cuahnoctli, iba á descargar sobre él su terrible macuahuitl, y á apoderarse del estandarte, con lo cual hubiera terminado la batalla, cuando uno de los oficiales mexicanos se puso entre él y Cuahnoctli, queriendo evitar el golpe que iba á caer sobre su general, y al vez imaginando tener la gloria de asentar un golpe al valeroso tlascalteca. Mas ¡ah! infeliz, el golpe que debia haber caido sobre Cuahnoctli cayó sobre su cabeza, que dividida en dos partes, lo obligó á caer en tierra, derramando un mar de sangre.

En fin, despues de inútiles esfuerzos los mexicanos se decidieron á oponer al valor y á franqueza de los Tlascaltecas, la estratagemá de la traición. Mandó Cuahnoctli que su ejército se fuera retirando poco á poco hácia el bosque que vecino: así lo hizo. Tlahuicole, confiado en el cuerpo de reserva que habia dejado con órdenes de que si se retiraban los mexicanos, cargasen sobre ellos por detras, siguió, haciendo en ellos una horrorosa carnicería. Llegaron al bosque los mexicanos que habian reconocido bien el terreno, y sobre todo, que habian premeditado bien su traición: evitaron el peligro; mas Tlahuicole y su ejército que no pensaban en aquel momento sino en la victoria que ya casi miraban como suya, entraron en el bosque sin recelo, y sin esperar que se vieron sumergidos en los hondos pantanos que allí habia. En tan apurada situación, se vieron atacados de pronto por trecientos hombres que habian quedado de emboscada, quienes apoderándose de ellos, los ataron vigorosamente. Con tan feliz resultado, los mexicanos cargaron sobre los tlascaltecas; mas estos aturdidos con tan inesperada desgracia, comenzaron á temer. Les faltaba Tlahuicole; ¿qué podian hacer ellos sin su general? Sin embargo, aun les quedaba su estandarte, todavia no lo habian perdido todo.

Volvió á empeñarse la pelea, pero como nada arredraba á los mexicanos, arrollaron completamente á los tlascaltecas. Uno de los oficiales mexicanos llegó entónces hasta *Tepetzatzin*, y descargando un fuerte golpe sobre él, lo hizo caer al suelo, y le arrancó el estandarte. Esto aumentó el desorden del ejército.



tlascales; y viéndose ya sin general y sin estandarte, se dispersó, y echó á huir entre horriblos gritos de dolor: los mexicanos los siguieron é hicieron dos mil prisioneros.

Tlabuicole, que ya prisionero vió que se volvía á emprender de nuevo la pelea, exclamaba sin desesperar todavía: „animo, tlascaleses, todavía podeis vencer, pues os queda aun vuestro estandarte; mas cuando vió caer á Tezozotzin, y vió que le arrancaron el estandarte, único estímulo que les quedaba, hizo un movimiento convulsivo y arrojó un grito de desesperacion.

Los mexicanos volvieron victoriosos, y entre mil gritos de júbilo que asordaban los aires daban gracias á Huitzilopoctli, porque les habia permitido consumir una traicion. Al llegar donde estaban los prisioneros, volvieron á entonar un himno en accion de gracias; y Cuauhnocli al ver á Tlabuicole le dijo:

—Caiste, en fin, en nuestras manos, Tlabuicole.

—Si, gracias á vuestra traicion soy vuestro para mi baldon y el de mi patria.

—Jamás habian tenido los dioses una víctima mas grata á sus ojos, como la que van á tener dentro de pocos dias: tú serás sacrificado.

—Ya lo veo, y esa será mi mayor gloria.

—Te presentaremos a nuestro señor, el invicto emperador Moctezuma.

—Y será la vez primera que me presento delante de un tirano.

—El es generoso, quizá te concederá la vida.

—No quiero de él mas que la muerte.

—Así será. Y dirigiéndose á unos soldados, les mandó que lo encerraran en una jaula.

Pocos dias despues entró el ejército á México, conduciendo á los prisioneros, entre las mas vivas aclamaciones del pueblo.

(Concluirá.)

EMBOSCADA.

¡Traicion! ¡Traicion!
CALDERON.—LA GRAN CENOBIA.

I.

OS brazos otra vez dame, sobrino, que lo mereces bien; pues que de Flandes llegas con vida á Burgos, imagino que honrado habrá de ser, que al fin y al cabo mi sangre hierve en tí....—

—¡Señor!....—

—No te andes

perdiendo, por tu vida, en digresiones la historia al referir de tus hazañas, ya sé que grandes son, árduas y estrañas; que de tu claro nombre los blasones, de Leibas digno vástago, no empañas. Eres mi sangre, sí;.... ¡guerrero y mozol Sobrino, así te quiero; cuando apenas tu labio apunta el bozo la espada ciñes ya de caballero.—

—Todo os lo debo á vos, vuestro consejo guíome fiel por la gloriosa senda y ansioso la seguí, vos ya erais viejo, é inútil ya para la lid tremenda.

Partí á la guerra pues, y desde enlónces, aunque no ya por vuestros propios labios mis pasos dirigisteis, yo pretendia, los consejos sabios en práctica poner que aquí me disteis; y lo alcancé tambien; digalo Flandes, la triste Flandes ó el feroz flamenco, que de terror y espanto sembrada ya su desolada tierra, la fecundiza con su amargo llanto; con honra vuelvo en fin, que, por Dios santo, para honrado volver parlé á la guerra.—

—Muy bien, Enrique.—

—Mas, dejemos tí, tal plática por hoy; pues de que exija merced alguna mi valor ya es hora, y á tiempo que alhagüenia y seductora traigo esta idea en la memoria fija; ya veis que honrado vengo, y de otorgarme alguna gracia es dia,

una señor que demandaros tengo.—
—Te la otorgo, por Dios, habla.—

—¿Maria?
—¿Maria!... por piedad no me hables de ella;
de un cláustro en el silencio sepultada,
hace vida monástica!....—

—¿Tan bella
y en vida sepultarse!....—

—La cuitada
huyendo cuerda el mundanal bullicio
de un monasterio la quietud procura.—

—Perdonadme, señor, mas que cordura
arguye tal conducta poco juicio.
La obligasteis acaso?...—

—....Vive el cielo!....
La última luz que en mi vejez anhelo,
de mi primer amor el solo fruto

es mi Maria, Enrique;.... ¿yo obligarla?...
Sobrino, ¿yo que por romper astuto
de su torcida voluntad los lazos,

y estrecharla una vez entre mis brazos
la escasa vida que me resta diera?
No; de buen grado, á mi pesar, se fuera!—

—¿Qué causa? . . .
—No la alcanzo;—

—Y ¿ha profesado ya?—
—No, todavía;

mas ya de pronunciar su juramento,
próximo se halla y de mi muerte el día.
De simple colegiala en el convento,
el hábito aun no viste

que rigida demanda
la regla que abrazó de carmelita;
pero en breve tambien ¡ay de mi triste!
cambiando de ropage,

el áspero cilicio, ¡pobrecita!
reemplazará su delicado traje.—

—No hará tal, lo aseguro, iré yo á verla;
y ó me engaña traidor mi pensamiento,
ó el Hacedor del vasto firmamento
no arrojó al mundo tan preciosa perla

para adornar el cláustro de un convento.
No fabricó el Señor tantos hechizos,
voto á la espuela que con honra calzo,
para evitar el mundo antojadizo,

para cortados sus flotantes rizos,
ni aquel pequeño pié para descalzo.
Voy al momento á verla.

—Vé, sobrino;
esposa tuya habrá de ser, si alcanzas
que cambie en sus antojos de camino.
Ella es todo mi amor, mis esperanzas.

Dila que, triste, desde el negro día
que abandonó mi lado,
en mi tediosa soledad impía,

ni un hora de placer he disfrutado.
Dila tambien que, si al consejo, dócil
de un padre que la adora,
no consiente en volver, al lado tuyo,
al pobre hogar, que abandonó en mal hora,
la vida ha de costarle al padre suyo.—

—Si la diré, y añadiré, áltanero,
que cuando vuelvo de la lid sangrienta,
donde, sin ley, ni fuero,
ni conocer mi voluntad lindero,
lidié, teniendo su hermosura en cuenta,
para postrarme ante sus piés, vasallo;
fuerzas en mí que basten
tal soberana á renunciar, no hallo.—

—Diselo; sí.—
—¿Lo haré! si no consigo,
antes que acabe su carrera el día,
traer á Maria á vuestro hogar conmigo,
podeis, por vida mia,
jurar, que tiene vocacion, Maria.
Pero lo dudo mucho.—

—Parte, Enrique;
mas cuenta con lo que haces, no quisiera
que loco y temerario,
rompiendo audaz de la prudencia el dique
turbases la quietud de aquel santuario.—

—Mucho, buen tío, de torcer el paso
hácia el camino de la infamia, disto;
por Dios, que no olvideis en todo caso
que soy soldado de la fé de Cristo.
El ser mugeres, y el sagrado muro
que del ruidoso mundo las separa,
las ponen de mi cólera al seguro;
no han de tener, par diez, por qué quejarse
de mi extraña visita, yo os lo juro.
La dueña que me guié á la clausura
dó esconde mi Maria
su gracia y su hermosura,
testigo habrá de ser de mis acciones
al par que diestra conductora mia.

Esto, D. Pedro y D. Enrique hablaron;
despues asiendo su sillón de cedro,
á meditar lo que ambos acordaron,
tranquilo en él, se arrellanó D. Pedro.
Vino la dueña, se envolvió en su velo,
porque nadie al salir la conociese;
despues, alzando una mirada al cielo,
cogió el sombrero D. Enrique, y fuése.

—Entrada me habeis de dar
hasta la huerta, ó por Dios,

que por mas que os pese á vos,
yo me la habré de tomar.

Pues decís que en ella se halla
mi prima, sed ménos plomo;

ved si dais, ó me le tomo
el permiso de ir á hablalla.—

—La llamaré.—
—No hagais tal;

sorprenderla me es preciso,
que hablarla ya sobre aviso
no es á mis planes igual.

—Entonces ¿qué hacer? volveos;
que al cabo no está en mi mano
el hacerlo, conque.... hermano....—

—¿Madre Abadesa, teneos!
No me obligueis á romper
los lazos que aquí respeto;

vine á hablarla y yo os prometo
sin hablarla no volver.

Y no os presumais que fuerza
de intencion, por Dios amado;
con que hacello de buen grado,
antes que ocurra á la fuerza.

Si de ese torno al través
pudiérais mirarme agora,
yo os implorara, señora,
de hinojos á vuestros piés.

De hinojos, cuando á ninguno,
incluso el rey de Castilla,
doblé jamas mi rodilla
mas que ante Dios Trino y Uno!

Pues gustoso aquí lo hiciera
ante vos, en este instante,
si en vuestro oculto semblante
leer mi destino pudiera.

Mas ¿qué sirve que de hinojos
me postre ante vos aquí,
cuando ni aun podeis, asi,
ver mi afliccion en mis ojos?

Ceded, pues, madre Abadesa;
ved que en su estrecha clausura
muere esa tórtola pura
de necios caprichos presa.

Y vos no querreis, asi,
consintiendo en tanto duelo,
al mundo ofender, y al cielo....
¡Doleos de ella, y de mí!

De ella si; que acaso vos
virgen amorosa y bella,
atada tambien como ella....—

—Sellad los lábios por Dios!
No esperéis que la lisonja
consiga torcer impia
la pobre conciencia mia;

Tom. II,

que soy por caduca, monja.—
—Y acaso allá en el abril
de vuestra edad, sin quebrantos
saboreasteis los encantos
de una fortuna infantil.
Y en la caduca vejez,
huyendo los desengaños
del mundo, cargada de años
venisteis aquí.—

—Tal vez.—
—¿Por qué entonces no esperar
tambien á que mi Maria
del mundo, y su farsa impia
se llegue á desengañar?
Entonces ya, como vos
vaya á encerrarse en buenhora
á un monasterio, mas hora
dejadme hablarla, por Dios.—

—Ya rayais en temerario.—
—Dejadme al jardín entrar.—
—Yo no os lo puedo otorgar
sin permiso del vicario.—

—¿El vicario! iréme á él
con mi intento, y á decirle;....
pero es mejor escribirle;
dadme tintero y papel.—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

—

Dicele, que un padre anciano,
sin mas apoyo y sostén
que aquella niña, que victima
de algun capricho tal vez,
á la oscuridad de un claustro
fuese inesperta á esconder,
llora sin tregua, y añade
y da por cierto tambien
que la vida ha de costarle
al buen viejo; y que ni es ley
de todo el que nace humano,
ni á un prelado le está bien
consentir el que así muera
quien por Cristo y por su fe,
su vida, que ahora pelagra,
espuso mas de una vez.

Y en fin concluye diciéndole
que si necio ó descortés
no da á su demanda oído
se irá con su queja al rey;
que el rey atiende las suplicas
de un hidalgo de su prez.—

Poco esperó D. Enrique
la respuesta á su papel,
que al cabo de unos instantes,
al honrado feligres
del convento, y portador
de su pliego, vió volver
con otro pliego en la mano
rotulado „A sor Inés,
Abadesa del convento
de las carmelitas”.... „Leed,”
dijo el hidalgo á la monja
despues de hacer que el papel
á dar á sus manos fuese
por el torno; abrióle pues
la Abadesa, y con enojo
leyó la respuesta en él
que en favor de D. Enrique
daba el vicario; esta fué:

„Que atendidas las razones
que el forastero tenia
para entrar, entrar podia,
mas bajo estas condiciones.
Que abiertos ya los cerrojos,
por si con la vista en algo

pecar pudiera, al hidalgo
se le vendasen los ojos.

Que á la voz de una campana,
que al efecto se tocase,
por precaucion se encerrase
en su celda cada hermana,

Y que en ella se estuviera
sin vista, ni voz ni oído,
hasta que el mismo tañido
la campana repitiera.

Que dos de ellas, bien cubiertas
con el velo acostumbrado
condujeran al vendado
por corredores y puertas.

Que con él hasta el jardín
las dos tambien se salieran
y que allí testigos fueran
de sus acciones, y en fin,

Que despues que su mision
haya el mancebo acabado,
por donde, y como hubo entrado
salga, y se cierre el porton.

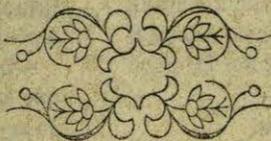
Hízose al pié de la letra
cuanto mandaba el vicario;
corrierónse los cerrojos
vendóse al punto el hidalgo;
Sonó ronca una campana
y quedó desierto el claustro.

Cubriéronse las dos monjas
con sus respectivos mantos;
púsose la dueña en pié
á la voz de Enrique, y ambos
en el sagrado recinto
de aquel monasterio entraron.

Poco despues de su jardín ameno
emboscados los dos tras la enramada,
ansiosos esperaban, que María,
por sus floridas calles se asomara.

Inmóviles, silenciosas las dos monjas
y de aquel sitio á regular distancia
se preparaban á escuchar, medrosas,
la escena, que sacrilega llamaban.

(Concluida)



CARTA APOLOGÉTICA

de D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articlejo á Calamocha, con motivo del sueño que este tuvo y cuya descripcion publicó en el LICEO MEXICANO, bajo el rubro de

EL OCEANO DE TINTA.



Periodico-polis y julio 12 del año de gracia de 1844.



SEÑOR Calamocha: A pesar de que no he tenido la desventura de conocer á V., doy por supuesto que ha de ser uno de esos mozalvetes barbiponientes y temerarios sin mas erudicion que la que puede proporcionar la gramática de Antonio de Lebrija mal traducida y peor decorada, y sin mas saber que el que buenamente se pueda extraer de las obras de esos escritores á quienes vienen como de molde aquellos versos de Parny:

„Ils écrivaient; mais, hélas !quels écrits!
„Ils entassaient dans leurs tristes récits
„Les vieux donjons et les nonnes sanglantes,
„Les sots géôliers, les grilles, les cachots,
„Des ravisseurs de Lucreces galantes,
„De grands malheurs, et des crimes nouveaux,
„Des clairs de lune, et puis les crépuscules,
„De longs sermons, des amans sans amour,
„Des spectres blancs, des tombeaux, une église....

Repito que juzgo á V. individuo de esa numerosa corporacion de sabios que ha tomado por asalto el Templo del Saber, lanzando de él á los legítimos poseedores con la misma urbanidad con que Cromwell lanzó del Parlamento á los representantes del pueblo inglés. Si Sr. Calamocha, escritor empírico y novel, V. me ha venido á afirmar en que es cierto, ciertísimo aquel proloquio que dice: „No hay cosa mas atrevida que la ignorancia.” ¡Atreverse á criticar á los periodistas como nosotros! ¡Válgate Dios por el tal D. fulano Calamocha y que hueco y que horondo que estará con su

mal zurcido papasal! ¿Y creeria V. que no lo habiamos de contestar? Pues, á fé mia, que se ha pegado chasco. Escuche con la debida humildad la siguiente repasata y no vaya á suponerse que le respondemos porque nos hagan mella sus sosas agudezas, sino porque, siendo hecho averiguado que en esta tierra de bendicion siempre se adjudica la palma de la victoria al que habla al último, esta consideracion nos obliga á quebrantar el silencio del desprecio. Y no se espante V. de que le hable en primera persona de plural, porque esto dimana de que así como el Cancerbero era segun Shakespeare „tres caballeros á la vez” (*three gentlemen at once*) así tambien yo, D. Pantaleon Zacarias Escribidor Galicin, de la Gerigonza y Articlejo, soy ni mas ni menos que todos los periódicos que V. ha injuriado, y algo mas. Tenga V. la bondad de poner ese *algo mas* despues de *periódicos* y dispense la molestia.

Comienza V. por citar á Ciceron. ¡Donosa ocurrencia! ¿Qué no sabe V., pobre hombre, que ya no se usa Ciceron? Sigue V. con motivo de esto diciendo que los hombres ven reproducidas en el sueño las ideas que mas impresion les han hecho mientras despiertos, y que de consiguiente V. como periodista piensa todo el dia en su periódico y con él debió forzosamente de soñar. Pues con esto (si no hubiera otros méritos) bastaba para calificarle de periodista espurio é indigno de semejante nombre. Amigo, el verdadero periodista no se acuerda del periódico mas que el día del corte de caja mensual: ya se ve, V. será uno de esos